

“Apología” apasionada en torno a las matemáticas

CONFIESO que soy esencial, profundamente práctico; quizá un tanto materialista en este sentido, si se quiere, pero jamás he adivinado el contenido de las matemáticas.

En el reino de éstas todo es inmaterial e intangible. No comprendí nunca el alcance de una ecuación de 2.º grado, ni siquiera de una de 1.º

Y cuando veía poner de alivio el luto de un funerario encerado llenándolo de letras y de signos (ni siquiera respetaban el alfabeto griego, reservado siempre a los sesudos investigadores), operaciones algebraicas y deducciones, simplificaciones y mixtificaciones para demostrar la verdad, por ejemplo, del Binomio de Newton, y ver que $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, entonces lo comprendía menos todavía.

¿Cuánto más daría que produjera ese resultado el $(a+b)^2$ — así, encerradas entre paréntesis, como si hubieran cometido algún delito por ser ellas las primeras del alfabeto y hubieren de ser expuestas a la vergüenza pública — que otro cualquiera, como una $x+y-z$? Tal vez hubiera quedado así más exacta solución, y desde luego, de mucho mayor gusto estético.

El llenar el encerado con más operaciones matemáticas y con deducciones más o menos exactas, conduce a lo mismo que el haber batallado las naciones de todo el mundo en esta guerra sin par en la Historia en que, al final, ninguna de ellas recordaba siquiera lo que «ab initio» quiso demostrar.

Todavía recuerdo cuando estudiaba matemáticas (no sin algo de «escalofríos») ese «profundo» problema que nos pusieron un día en clase y que tuvo a casi toda ella pensativa durante más de un cuarto de hora: «Si un estanque de 5.000 litros de cabida, recibe 250 de agua a la hora por su conducto de entrada, y por unos orificios, efecto del tiempo, pierde 87 en el mismo intervalo de tiempo, cuánto tardará en llenarse? Todos los compañeros se quedaron perplejos ante el problema y se dedicaron a estudiar lo «intrincado» del caso. Yo no; y no es que tuviera ninguna intuición matemática (pues ya confieso mi aversión hacia ellas desde mi más tierna infancia), sino que poseía, como digo, ese sentido práctico, quizá un tanto materialista, que me caracteriza; pero en seguida se me ocurrió la solución: «¿Y no sería mucho más fácil, señor profesor — argüí de súbito — que cerrasen, como fuera, esos orificios y podría llenarse así mucho más fácilmente?»

En cambio, ante los problemas biológicos, químicos, jurídicos, o psicológicos, o ante los hechos atmosféricos o, incluso, históricos, no tengo más remedio que inclinarme.

Las matemáticas han inventado una serie de términos, tales como «integrales», «logaritmos», «teoremas», «ecuaciones», etc., que pretenden dar mayor ampulosidad y enjundia a su ciencia, cuando

muy bien se podrían resolver esos mismos problemas por el procedimiento de «los dedos» o, simplemente, echando «la cuenta de la vieja». ¡Y es que he visto resolver unos problemas de memoria a un mozuelo que es, incluso, analfabeto y ante un amigo mío matemático que tenía que recurrir para ello a la Tabla de logaritmos!

¡Ay los matemáticos! ¡Si todavía andan por ahí buscando la cuadratura del círculo!

Es como si un historiador estuviera afanosamente investigando sobre las consecuencias de la última batalla perdida por Napoleón ante los Cartagineses en el sitio de Lepanto, y a raíz de su matrimonio con María Tudor...

MANUEL ORTEGA Y ORTEGA

ROMANCE INGENUO

A mi hija María Isabel

En el arroyo la niña
ayer lavando la ví.

El lavadero era de oro,
era el jabón de marfil,
las camisitas que lava
como alas de querubín,
y sus manos, dos palomas
en un revuelo gentil.

Mientras lava está cantando
un cantar que dice así:

«Mi niño está en cama
muy constipado;
por mudarle de ropa
lavo que lavo».

El lavadero era de oro,
era el jabón de marfil
y un ángel tendía la ropa
sobre matas de alhelí...

En el arroyo la niña
ayer lavando la ví.

ADOLFO MAILLO